

III

—No me esperen á cenar... Uds. cenen temprano, y se acuestan...

Las dos chiquillas, desoladas, interrumpieron el animadísimo parloteo con que pormenorizadamente, en cuanto llegaban del colegio, tarde á tarde asediaban al pintor y ensordecían el estudio. Una charla dislocada, con incoherencias; charla de criaturas que están creciendo y que lo mismo con lo trascendental que con lo frívolo sus infancias se impresionan y tratan de que las personas mayores—las allegadas sobre todo—se lo expliquen y puntualicen. Y en los primeros meses, Salvador, que se vivía en su estudio sin poder trabajar en nada serio y definitivo, esbozos apenas y pinceladas que diz que habían de servirle para su gran cuadro futuro—el que desde muchacho llevaba en el cerebro sin atreverse á comenzar nunca, por reconocerse insuficiente todavía para tratar cual debía ser tratado el asunto inmenso,—Salvador aguardaba con ansia esa vuelta del colegio, ese preguntar y ese argüir de Evangelina y Magdalena, quienes, con su sola presencia sacaban la casita del sepulcral marasmo en que se hallaba sumida el día entero. En cuanto las niñas se aparecían acompañadas de Refugio, con especial cuidado y cariño propios encargada de ir á dejarlas á la escuela y de ir á recogerlas por las tardes, Salvador alzaba pinceles y tiento, raspaba la paleta, dejaba caer sobre el desmesurado lienzo casi virgen del cuadro en proyecto el trapo que lo cubría (si es que al «cuadro» había consagrado su tiempo), ó guardaba,

de cara á los muros, en los rincones, ó retirándolos del otro caballete—el antiguo y sin manubrio, que se abría á modo de toscos compás de madera—los esbozos y pinceladas hechos y vueltos á hacer, que habían de servirle andando los meses y no atrasándosele ni la inspiración ni el ánimo, para la magna obra pendiente. Magna de veras: nada menos que perpetuar en la tela la vieja ciudad colonial de los virreyes hispanos, no sólo en su aspecto de metrópoli que lentamente se moderniza y hermosea, sino en el de su fugitiva fisonomía moral, su alma de siglos y de luchas—alma en la que por muy común inconsecuencia creía Salvador firmísimamente, aunque no creyese en cambio en la suya propia.

Quería que el pincel operara el prodigio, que al concluir el cuadro palpáranse los sufrimientos y las satisfacciones de los pobladores sucesivos; los espasmos de pasión y los espasmos de dolor; la voluptuosidad del amor y de la muerte; las entradas ululantes de los guerreros victoriosos y las agonías lentas de los sitiados y de los vencidos... Quería que se adivinaran, el rastro que la sangre derramada graba para siempre en los insensibles lechos de guijarros, por los que corre, y la huella que el llanto imprime en los semblantes de las madres y de las amantes sin consuelo... Quería pintar las albas jocundas y las melancólicas horas vesperales; los dramas de la tierra y las íntimas tragedias; las salvajes invasiones de razas enemigas, segando vidas y huyendo á sus latitudes inhospitalarias con pedazos de patria bárbaramente amputados, y las refriegas fratricidas sin cuartel, en que los hermanos se trucidan y renuevan los odios cainescos é inacabables de las edades primitivas... Quería poner á la vista el triunfo de la riqueza y el crimen, sobre la virtud y la miseria; las tiranías de los césares y el gemir de los pueblos; los poemas ignorados de

F. GAMBOA

las multitudes anónimas; los calvarios de los humildes y los regocijos de los poderosos; el incesante desaparecer y sufrir de los débiles, de los que no saben leer, ni reclamar, ni defenderse, en contraposición con el entronizamiento de los fuertes... Quería sacar á luz las orfandades que peregrinan por cima de los abismos, de las ignorancias y de los lodos; los holocaustos de las vírgenes que inmolan los filántropos y los predicadores; la destructora marcha del alcohol y la, sin parar, de la prostitución... Todo lo que informa los grandes centros populosos de las Nínives de ayer y de las Babilonias de hoy, lo que las pudre y carcome, inevitablemente; su lujuria, su afán de lucro, su carencia de ideales, su envilecimiento progresivo que á la larga conviértelas en pudrideros y pantanos hediondos...

Quería que su pincel desentrañara los secretos olvidados, los males que reaparecen, los horrores que se repiten: toda la historia siniestra que dormita en la piedra, en las telarañas de las ruinas y en las costras de polvo de los monumentos...

Y la piedra rehusábase á confesar, permanecía inmovible en los sitios en que la encajaban las centurias idas, más ennegrecida hoy que ayer, más que hoy mañana, envolviéndose y envolviéndose en la pátina de los siglos, pero invariablemente muda, invariablemente adusta, reservada, formidable: mirándolo todo, oyéndolo todo, callándose todo... Ni la piedra agraviada: los inmuebles y muros antiguos con cicatrices de balas recibidas y en su seno incrustadas, ó con salpicaduras de sangre humana que ¡ni los años! borrarán por completo; ni la piedra moribunda: los inválidos paredones y las bardas ancianas que se desmoronaban y hundían en la tierra, ni éstos le decían palabra á Salvador, así los examinara de cerca ó de lejos, así los palpara; guardaban sus secretos tenazmente, aumen-

RECONQUISTA

taban el misterio de lo pasado y de lo muerto... Ni los templos ¡Señor! ni los templos, que eran los supervivientes más respetados, los que mejor habían resistido y resistiendo continuaban el destruir del tiempo y de los hombres, le daban una clave, le descubrían un indicio, ¡averiguarlo él si podía!, ellos no eran delatores, eran templos y por eso seguían inmovibles, macizos, sólidos, más altas sus torres que los edificios más altos, apuntando al cielo; sus interiores, en su mayoría inviolados, cobijando el culto; sus exteriores, impasibles frente á la maldad, brindando asilo en sus cornisas, barandales y ojivas á las golondrinas nómadas y á las plantas que sólo adheridas á sus muros recios, saben crecer y susurrar con su florescencia la balada dulcísima de los aromas...

¡Ah!, Salvador acabaría por pintar su cuadro. ¡Cuántas ocasiones la misma Emilia no lo empujó al caballete, le avivó energías y le prestó estímulos!... Pero el asunto huía, se le escapaba más de entre los pinceles que del cerebro fabricitante. Hasta llegó á imaginar que el día en que el cuadro principiara á resultarle según su idea, de un golpe tornaríanle sus creencias, estropeadas por la garrulería de sus maestros iconoclastas y vulgares. Sí, si atinaba á pintar un cuadro «con alma»—como era necesario que lo pintara,—si atinaba siquiera á medio mostrar en el retrato de la ciudad «el Alma Nacional» (más estropeada y desconocida que la suya propia, pero ¡mucho más!), entonces descubriríase la que le animaba; pues así como para que exista la verdadera obra de arte menester es que tenga una alma entre sus páginas, entre sus notas, entre sus colores ó entre su grano, menester es también que el hombre se sienta poseedor de una suya... Y al llegar aquí, su falsa filosofía trababa el singular combate—á que ajenas agencias habíalo adiestrado—en contra de sus creencias pro-

F. GAMBOA

vincianas y sencillas, en contra de su rudimentaria exegesis que no aguantaba muchos golpes de la otra, sino que abandonaba el campo despavorida, dejándolo con su instrucción científica triunfante y con su cuadro por empezar. Nervioso, poníase á dibujar, á multiplicar los esbozos y apuntes que sus ojos de pintor habían venido acumulando: el aspecto de este arrabal y lo característico de aquella plaza; este rincón histórico y esa calleja legendaria; un cielo gris, de atardecer lluvioso, ó un fragmento del bosque druídrico de los ahuehetes y de las hazafias...; ó bien permanecía meditabundo ante la blancura del lienzo sin color, á lo sumo manchado de proyecciones y titubeos, al carboncillo...

De ahí que el arribo de sus hijas de vuelta del colegio, atacadas de la manía charlatana que á los niños aflige al cabo de varias horas de sosiego relativo, pusiera á Salvador de humor buenísimo; sobre que á la alegría meramente afectiva que le originaba verlas y besarlas y sentárselas encima, riendo de lo que le preguntaban y de lo que le transmitían con sus deliciosos pormenores infantiles, había que sumar la forzosa derivación que daban á la impotencia de él para pintar un gran símbolo, y á su conflicto mental de individuo sin brújula ni rumbo que no se conforma con que su espíritu camine errabundo y desconfiado por los desiertos infinitos de la inteligencia. Gozosísimo acogía á las niñas y aparentaba interesarse inmensamente en sus galimatías, para disculparse ante sí mismo del pronto abandono de su obra. Las sujetaba á muy complicados interrogatorios; hacíalas, primero, que le dibujaran las letras aprendidas, unas mayúsculas que tiraban á caracteres arábigos ó nipones, cual ebrias, tambaleándose al brotar de los lápices, y al quedarse, monstruosas y deformes, agarradas al papel. Luego, conforme adelantaron en

RECONQUISTA

su aprendizaje, hizo que reunieran mayúsculas y minúsculas en sílabas y palabras; que en alta voz le leyeran renglones de diarios incompletos ó de libros hojeados al acaso; y en estas faenas íbase lo que de tarde quedaba, cielos adentro, y las chiquillas concluían por encaramársele, una á cada lado, concluían por reclinar sus cabecitas en las robustas espaldas del artista que así sentíase feliz, hasta que la criada venía á encender el estudio, y el grupo se destruía; Evangelina y Magdalena, al fin criaturas, saliendo á corretear y reír por los corredores y habitaciones de la vivienda; Salvador guareciéndose en el balcón abierto, donde, pensativo, poníase á fumar y esperar que sirvieran la cena, para asistir, por remate, al acostarse de las niñas, previo rezo y previas también algunas carcajadas que mucho amohinaban á la sirvienta.

—¿Por qué no nos persignas tú, papacito?—le preguntaron á los principios de su orfandad.

Y por no decirles la causa, que él no creía en la virtud de tales arrumacos, pretextaba Salvador una excusa cualquiera.

—Porque es igual que las persigne Refugio; yo estoy ocupado—contestábales desde el estudio,—pero allá voy á despedirme y á besarlas... Duérmanse en juicio...

Las niñas habituáronse, pues, á que Salvador las recibiese y festejase á su vuelta del colegio, á que con ellas cenara, y á entregarse al sueño seguras de su vecindad, de que iría á besarlas y arroparlas—medio dormidas se daban cuenta,—oyendo luego volver de hojas de libros en el estudio, desplegar de periódicos, toses y raspar de cerillas. De vez en cuando, bien tarde ya según sus cálculos soñolientos, oyéndolo suspirar, muy quedo, cual si lo atormentase dolor llevadero pero incurable, que no quisiera publicar.

F. GAMBOA

Por eso, cuando Salvador varió de hábitos y de la casa marchábase después de anochecido, no hallándose presente á la hora en que ellas se acostaban y dormían contando con su beso suave que las rozaba apenas, contando con que las arropara hasta la barba para librarlas de los fríos de la alta noche, á los comienzos sobre todo, Magdalena y Evangelina se quedarán disgustadas y tristes.

—¿No vas á cenar con nosotras?... Pues ¿con quién?... ¡Acompáñanos, no nos dejes!...

Diversas veces ganaron ellas; volvía Salvador á despojarse del sombrero, á ponerse las pantuflas y el zarcido saco hasta el cuello abotonado, con que trabajaba. ¿Por qué no complacerlas? ¿Con quién, de veras, irse á cenar? ¿A qué echarse á la calle, al vagar peligroso por cantinas y sitios peores?...

—Bueno, pues no las dejas solas, no saldré. ¿Están contentas?...

¡No habían de estarlo!... Terminada la cena y terminados los rezos, con gritos y tumbos en sus camas aplaudían la resolución, obligando á Salvador á que fuera y viniera muchas ocasiones de una cama á otra, en las que Evangelina y Magdalena, de pie y nimbadas por las colgaduras de punto, sueltas sus cabelleras todavía cortas, cuyos rizos, sin embargo, angélicamente caíanles sobre los hombros, ya metidas dentro de sus camisones flotantes y blancos, que prestábanles ligero parecido en la mal alumbrada estancia, con los marmóreos serafines de los sepulcros y de los templos, tendíanle sus bracitos temblorosos de júbilo, que lo llamaban al igual de sus bocas risueñas.

—Ven conmigo otra vez, anda, para que te bese más, para que te bese mucho...

Y Salvador iba y venía, riendo con ellas, de una cama á otra cama, de unos brazos á otros brazos, de unas cari-

RECONQUISTA

cias á otras caricias; por el camino, simulaba guardarse apresuradamente en todos sus bolsillos, los del pantalón, los del chaleco, los del saco, aquel diluvio de besos que no paraba nunca, que le colmaba las bolsas; fingía que algunos de los que acarrea á brazadas, derramábansele por el piso, y, por no tener ya dónde guardarlos, hacía que los vaciaba todos sobre su mismísimo lecho, debajo de las sábanas y de las almohadas.

—Para soñar con Uds.—les decía.

Pero sin que estas ternezas, ni otras análogas, lo aburrieran precisamente, si no bastábanle á llenar una porción de vacíos imprecisos que con los avances de su viudedad se le aparecían en cuerpo y espíritu, aunque no atinase con el sitio exacto en que moraban. Espíritu y cuerpo reclamábanle otras cosas... ¿cuáles? no lo sabía... ¿qué?... ahí estaba el enigma. Mas la carencia sí que la palpaba, menos en el espíritu que en el cuerpo, pues en éste se le clavaban ansias como garras y anhelos como garfios, de satisfacer necesidades nebulosas é indefinidas.

Y contrariando á sus hijas, dió principio á sus correrías nocturnas inauguradas bajo el magnífico pretexto de estudiar la enorme ciudad por las noches, cuando su fisonomía cambia totalmente y ofrece calles y rincones incognoscibles en las sombras. Debía saturarse del medio; verlo y conocerlo todo; de memoria aprendérselo; sentir con él; metérsele en sus repliegues mínimos y metérselo, no en su retina solamente, sino en su temperamento y manera de ser como pintor.

Se marchaba, en efecto, sin intenciones torcidas ni pensamientos pecaminosos, anda y anda por las calles silentes y desiertas; y sin forzada concentración, sin obligar á su vista á mirar quieras que no, ni á que la memoria acumulara impresiones impuestas. Su sistema había

F. GAMBOA

sido siempre diverso: mirar naturalmente, de paso, como quien va á negocio distinto; y las escenas, entonces, los más nimios pormenores conservábalos á maravilla, cual en bien sellado arcón en el que, al requerirlos, se encuentran los más preciados pergaminos, y las joyas ancestrales, las platas y los oros que el encierro preserva con sus brillos de antaño, se nos aparecen.

Caminó mucho, en las primeras noches particularmente, con direcciones fijas, de un extremo de la ciudad al opuesto, siguiendo la línea recta hasta donde más érale posible seguirla, y sentándose á descansar, cuando su andar perezoso rendíalo, en los raros jardincillos con que tropezaba—México apenas si los posee,—en los figones y cafetines que aún permanecían abiertos, ó en el borde mismo de las aceras, en los sardineles desgastados de tiendas y accesorias, ó en los vanos de los zaguanes en que los gendarmes dormitan muy abrigados á fin de defenderse de los cierzos débiles y frísimos que traicioneramente asesinan en la metrópoli de historia y de leyendas.

Con excepción del barrio nuevo—entre la calzada de la Reforma y la antigua carretera á Tacubaya,—que á Salvador antojábasele ingrato, presuntuoso é híbrido, de abominable gusto de abacero que al retirarse de su mostrador y de su clientela zafia, edifica con los cuatro cuartos ahorrados ó mal habidos, pseudo-palacios ostentosos, «villas» recargadas y deformes, incómodas viviendas burguesas, cursis y sin solidez, en las que todo es mentira, desde los cimientos hasta los áticos; todo de similor, desde su ornato de yeso y barro, hasta la abundancia y cultura de que alardean los improvisados terratenientes,—fuera de este barrio, tan encomiado de propios y extraños, que crece y crece con la terquedad y fuerza de la hierba ociosa que perjudica las sementeras benéficas—fuera de este

RECONQUISTA

«México nuevo y europeo», según lo apellidan diarios y ciudadanos; barrio que era fuerza que alguna vez levantara sus arrogantes edificios anémicos en el seno de la ciudad monumental de virreyes y emperadores, conforme en las demás ciudades del mundo hánse levantado sus congéneres, desafiando lo viejo y lo admirable; fuera de este lunar, Salvador reconocía con júbilo que la ciudad entera, aun en sus arrabales más espantosos y excéntricos, tenía carácter propio, tenía «alma»—el alma que él no sabía infundir á su cuadro. Temeroso de que la invasión incontenible é iconoclasta, la *judiada* ignara en achaques de arte, en la que lo mismo figuran hebreos legítimos que individuos de otras religiones, siguiera arrebatando ó destruyendo cuanto de venerable y de bello todavía posee México, y acabara de un bocado de ogro con lo que aún se halla en pie y resistiendo las embestidas tremendas del dinero, que todo lo destruye y corrompe; ya que sus hijos no queremos, por ignorantes los más, y por codiciosos los menos, ¡los de arriba!, apreciar lo que aprecio merece, Salvador apresurábase á preparar su obra, que, á pesar de sus sienes calenturientas de artista, latíale porque cuanto antes la produjera.

Y en sus correrías nocturnas, estas primeras correrías en que sólo el Ideal azuzábalo á modo de espuela redentora y blanda que en vez de lastimarlo y deprimirlo, lo acariciase y premiara, diríase que la ciudad, penetrada de la alta empresa, sin reservas se entregara—como una amante tísica que presiente su muerte cuando todavía su belleza es mucha é infinita su sed de vivir y de vivir amada—al adorador valiente y único que así peregrinaba loco por ella, por eternizarla en el color y en la luz; diríase que su cuerpo, aquí manchado por las pestes, y allá soberano, sedeño y duro; aquí con indelebles cicatrices de

F. GAMBOA

sus raptos y mutiladores ¡los de las tierras distantes!, y allá señalada por los violadores propios, ¡sus malos hijos!... diríase que ese cuerpo—á pesar de todo, bello, á pesar de todo, voluptuoso y tierno—se diera al pintor que lo estudiaba, que lo recorría y lo admiraba; lo admiraba largamente, apasionadamente, igual en las partes afeadas por los años y las calamidades abatidos encima de él cual bandada de pájaros carniceros, que en sus partes más encantadoras y púdicas, las que todas las hembras conservan, aunque guardadas y ocultas hasta para las inquisitivas inocencias de los nietecillos, que en su ansia de saber, nada hay que no quisieran mirar: los pudores y encantos que persisten al través del tiempo, y que las viejas más viejas llévanse consigo, á sus tumbas...

¡Qué revelaciones las que tenía Salvador noche á noche, ora se encaminasen al Poniente, ora al Norte de la ciudad muda, y sin embargo, despierta no obstante lo avanzado de las horas, escuchando cómo dormían sus pobladores, pensativa y plácida bajo los astros que la besaban en sus canas y en sus muertos hechizos!... Gustaba Salvador, de preferencia, de sentarse en las plazuelas solitarias, sin árboles ni fuentes, de las barriadas menesterosas—á las que no alcanzan las munificencias municipales—y allí, fuma que te fuma, estarse las horas, las horas que se desgranaban sonoramente de los relojes lejanos y pasaban por bajo la bóveda nebulosa ó diáfana, con resonancias agoreras y decrecientes, cabalgando en los aires camino de las fantásticas lontananzas del horizonte, tras los volcanes y tras los montes, donde espiraban luego de haber anunciado que el Tiempo se muere, de lenta muerte incontrastable.

Las casas enanas que bordean esas plazuelas y gritan la miseria de sus inquilinos—hacinados en los cuartos sin

RECONQUISTA

sol ni oxígeno, en las viviendas pobres,—hasta en la carcoma que roe sus fachadas enjalbegadas, producíanle á Salvador una inmensa piedad: eran las almacigas en que el amor brutal de los humildes sembraba la semilla de los pueblos futuros... del pueblo de la ciudad, que debía de engrandecerla si le encauzaran sus instintos cavernarios de herederos de las edades primitivas y pétreas; si lo enseñaran á leer; si le enseñaran lo que es la Moral, más con el ejemplo que con las mal aprendidas filosofías y educaciones extrañas, para otras razas, patentemente inadecuadas para ellos, nuestros pobres, descalzos y desnudos por fuera y por dentro, sin ideal ni rumbo, caminando desamparados, de la revuelta á los saqueos, del homicidio aplaudido y premiado de las guerras civiles, al taller rudimentario que nadie apoya cuando es nacional; del alcohol, al presidio; de su agricultura pastoril y balbuciente, al cuartel en que imperan la ociosidad y los azotes; del antiguo enlace canónico de las juventudes que se unen, al amor deshonesto y libre que se encuentra entre los charcos turbios del arroyo, ó debajo, en los albañales, donde paran las basuras de las ciudades, sus detritus é inmundicias, donde acaban de agusanarse y de envenenar con su hálito, los frutos que se pudren, las flores que se marchitan, las almas que se enferman...

Encolerizábase Salvador de que en todas sus meditaciones serias se le atravesara el vocablo de esa substancia problemática, que ya no vive sino en los labios de las beatas, de los chiquillos y de los ignorantes y cobardes. Y dejáballo que se marchase tan inopinadamente como veniale; anhelando, sólo en rarísima ocasión, que él fuera el engañado y el iluso, y que si existiese el alma de todos y de todo, el alma suya, imperecedera y eterna, subiendo á Dios en cuanto se separara de esta materia por la que nos

F. GAMBOA

perecemos, á causa de que ella es lo único á nuestro alcance, dada nuestra condición de humanos é imperfectos.

—¡Bah! ¡bah!—decíase—¡que pierdo mi noche!...

Y tornaba á clavar su vista en la plazuela solitaria y en las casas enanas que la bordeaban; tornaba á imaginarse el vivir de sus inquilinos, descansando á tales horas en la miseria y en lo obscuro, sin pudores ni ropas; los candores infantiles junto á los acoplamientos bestiales de los padres; las virginidades, en vela, frente al suspirar y debatirse de los compadres y parientes que comparten la pocilga, y, amparados por sus negruras, entréganse rabiosos al solo placer que por el momento no les resulta ni dispendioso ni difícil: el placer de la carne; figurábase las riñas y los golpes, los alientos aguardentosos, las palabras soeces, los sueños congestivos y los despertares dolorosos con las voluntades moribundas y las perversidades innatas, aullando, como lobas. Figurábase la holganza de los lunes; las idas al taller con forzada escala en la taberna, y las vueltas del trabajo, á los atardeceres gloriosos del cielo incomparable de nuestro valle: hosco el semblante, rendido el brazo que gana el mendrugo, tardo el andar, melancólico el espíritu por causas que se ignoran, al cruzar las arterias del lujo, encogidos y desconfiados, sin socialismos ni proyectos anárquicos todavía—por falta de prédica y nó de levadura latente,—pero ya con la convicción de que las cosas cambiarán, de que los de arriba deben, por humanidad y por instinto de conservación sobre todo, preocuparse más de los de abajo, subir salarios y multiplicar escuelas, tender las manos, piadosamente, á los analfabetas y desgraciados que por los arroyos ambulan con sus proles copiosas á cuestras, sin estrellas terminales ni compensaciones intermedias—fuera del alcohol y de la prostitución barata que nada más al crimen conducen... ¡Ah!, esas

RECONQUISTA

vueltas del trabajo, mudas, los compañeros de cadena en grupos ó parejas, mientras los del dinero ruedan en sus trenes rumbo al bosque, y mientras de las campanas de los templos se echan á volar, suplicantes, los *Angelus* trágicos...

Como en el hogar—que por lo común no es hogar sino cubil—aguardan al jornalero y al artesano los hijos tuberculosos que sufren y gimen, las esposas ó las mancebas sucias que exigen los salarios y unas miajas de cariño en premio á su abnegación y á su trabajar de los minutos y de las horas, los artesanos y jornaleros recalán en los figones con licencia concejil, de los que al cabo salen embrutecidos y medio envenenados, tarde ya, los unos en camilla, hacia los hospitales de sangre y los anfiteatros de las autopsias; los otros, al petate, tambaleantes, arrastrados por las mujeres que sollozan y los granujas que observan y aprenden, á dormir sueños comatosos, á seguir soñando las pesadillas de sus vidas...

¿Por qué la ciudad se lo callaba todo? ¿por qué no había desaparecido sepultando entre sus escombros á los buenos y á los malos, en uno de tantos terremotos vengativos que por encubridora y benigna habíanla sacudido con iracundia extraterrena? Los volcanes que la guardan, ¿acabarían con ella algún día? El cataclismo purificador y de castigo ¿la arrancaría de cuajo para que en su lugar se edificase la ciudad que la humanidad necesita y que las generaciones aguardan, la Ciudad de Paz, de Amor y de Justicia?... ¿O callaba y continuaba erecta porque sabía que, sin llegar á ser la Sión prometida, con poco que se procurara, sí podía ser una ciudad relativamente perfecta y totalmente habitable?...

Salvador, meditabundo, saturábase de ella, de estos barrios de los pobres que tanto lo interesaban y atraían.

Vez hubo en que el gendarme del punto, intrigado ante

F. GAMBOA

ese individuo que fumaba y fumaba en la desierta y mal afamada plazuela, sin curarse de las horas que galopaban ó del frío que arreciaba, linterna en mano se le acercara á deslindar situaciones y á esclarecer sospechas:

—¿Qué hay, amigo, qué anda haciendo?...

—Ya lo ve, vecino—replicóle Salvador riendo para sus adentros de la ocurrencia y empleando adrede los giros populares,—ya lo ve, aquí no más.

Con lo que el guardián, ya escamado por el buen pedregño de quien suponía un vagabundo ó algo peor, no aclaraba sus dudas, y variando de tono, dejó apuntar su autoridad:

—¿No tiene casa?... ¿En dónde vive?

Y al escuchar la lejanía del domicilio de Salvador, las sospechas crecieron; fué indispensable revelar profesión y propósitos:

—... pues no es natural que una persona decente se aleje tanto de su casa y se aventure por los arrabales. ¿Qué hace usted aquí?

—Aprender á vivir solo, vecino, que es una de las empresas que más cuestan.

A su vivienda regresaba casi siempre con dos hondas tristezas: era la una, el temor de que nunca pudiera pintar su cuadro conforme teníalo concebido; y era la otra, la convicción que más y más arraigábasele de que el pueblo nunca subiría de nivel, de que permanecería, por culpa de muchos y de mucho, encrespado en los bajofondos del cielo en que ahora ahogábase. Y durante sus regresos esbozaba, mezclándolos, proyectos para que el cuadro tuviera forma y el pueblo redención; el pueblo, con el que simpatizaba no obstante sus repugnancias de esteta hacia lo feo y lo sucio, y sus tendencias aristocráticas que los artistas de verdad contraen con el refinamiento de su gusto.

RECONQUISTA

Las moles de las fábricas que costeaba, parábanlo de golpe sobre la acera, frente á ellas, y les inventaba quién sabe cuántos pecados y desafneros. En las sombras de la noche, en efecto, resultaban las tales amenazantes y medrosas dentro de su simetría monótona y recia de fortalezas ó presidios; cerradas sus ventanas de reja y la ancha puerta ferrada; cobijadas en silencios tumbales; las astabanderas, enhiestas y sin oropéndolas ni estandartes; las chimeneas, sin humo, apuntando osadamente á los cielos, como telescopios estériles y salvajes que nada acercaran. Y de pensar en las vidas que devoran, calladamente; en las juventudes que agostan y estrujan; en las promiscuidades que para su funcionamiento reclaman; en los salarios que pagan y la labor humana que exigen, sin parar, sin parar, al igual de la que rinden sus bielas, volantes, émbolos y bandas insensibles á la fatiga, al dolor y á la hambre, Salvador mirábalas de reojo, con positiva inquina, dolido de que las edades modernas sean tan crueles para dar de comer á los desheredados. Sus atavismos de agricultor, sus nostalgias campesinas le aconsejaban la huida de los pueblos grandes, la vuelta á los campos sin límites, al arado y al surco, á las llanuras sembradas, á los riscos y á los cerros, entre los árboles, bajo los soles estivales que resucitan y hacen crecer á los hombres y las mieses; la vuelta al aire libre de las soledades angustas...

Inopinadamente, parado ahí, en la acera, frente á las fábricas, pensaba en sus dos hijas que dormían, allá, en la casita edificada con las economías de Emilia; y por ser ellas lo que él ahora más quería en el mundo, comparábalas, sanas, alimentadas y felices, con la legión de niños desvalidos y desarrapados que pululan en los alrededores de las fábricas—donde moran los padres esclavos—como gusanos indefensos que la tisis y la policía y los transeuntes